



PRIMEROS SUSCRITORES · SUS MAGESTADES Y ALTEZAS.

AÑO III.

15 Julio 1866.

NÚM. 28.

PRECIOS DE SUSCRICION.
 EN VALENCIA Y MADRID. 6 rs. mes.
 —18 trimestre.—34 seis meses.—66 año.
EN PROVINCIAS
 SUSCRIBIÉNDOSE DIRECTAMENTE.
 Tres meses, 24.—Seis, 42.—Año, 80.
 ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO-
 RICO. 6 pesos año.
 AMÉRICA Y ASIA. 8 á 15 pesos año.
POR COMISIONADO.
 Tres meses, 28 rs.—Seis, 46.—Un año, 84.
 ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO,
 RICO. 7 pesos.
 AMÉRICA Y ASIA. Un año, 9 á 14 pesos.

REDACCION.
 Congregacion, 1, 2.º, Valencia.

ADMINISTRACIONES.
 MADRID: Capellanes, 40, principal.
 VALENCIA: Congregacion, 1, 2.º
 HABANA: D. Benito G. Tanago.

PUNTOS DE SUSCRICION.
 Administraciones principales en Madrid,
 Valencia y la Habana.
PROVINCIAS.
 Casa de los corresponsales y adminis-
 tradores de correos.
 A los pedidos se acompañará el importe.
 No se sirve suscripcion cuyo importe no
 se haya satisfecho.
 Los números sueltos se venden á 4 rea-
 les uno.

SUMARIO.

La Constancia, por D. Enrique Vivanco y Menchaca.—La Expiacion (poesia), por D. Antonio Diaz de Lamarque.—Gale-

ria de personajes politicos y militares de las potencias beligerantes en Alemania y en Italia. El general de ejército, Enrique Cialdini.—La clase media, por D. L. G. de Luna.—De la educacion cristiana que deben dar los padres de familia á sus

hijos, por D. M. C. y C.—Dante (biografía), por D. Caetano Vidal.—Bibliografía.
Grabados. Artillería austriaca en marcha.—Hospital de sangre de las tropas prusianas.

LA CONSTANCIA

«La constancia es el recurso de las feas.» Esto ha dicho una cortesana célebre, á quien trató con alguna intimidación, cierto monarca de feliz memoria.

La constancia es tirana del corazón, según ha escrito un autor lírico, de cuyo nombre no puedo acordarme.

La constancia hizo pasar muy malos ratos á Francisca de Rimini, desde que leyendo un día las aventuras de Lancelot, sintió en sus labios trémulos no sé qué atrevimiento de su amante, que reveló á su alma enardecida todos los misterios del amor.

La constancia fue causa de que la sublime Saffo dijese *mas de lo que el pudor consiente á una mujer*.

Algo daríamos, sin embargo, por oír de los labios de nuestra amada, los siguientes cuatro versos con que termina la poetisa griega, su magnífica oda:

Toda yo tiemblo: de sudor helado
 Toda me cubro, respirando apenas;
 Y sin aliento, pálida, rendida,
 Tiemblo, me muero.

Nada queremos hablar del salto mortal que dió la enamorada de Faon. Allá el Leúcaides se las avenga con su conciencia, aunque tengo para mí que el Leúcaides no ha tenido jamás conciencia. De otro modo, no hubiese sepultado en el mar á tantos infelices amantes como fueron á demandarle consuelo, desde Adonis hasta la cantora de Lesbos.

Paréceme que ya he aducido bastantes citas, en apoyo de la inmediata proposición.

La constancia es contraria á nuestra naturaleza.

En prueba de ello, ahí está, ó mejor dicho, en Grecia estuvo Artemisa, que despues de comerse bonitamente á su esposo Mausoleo, convertido en cenizas, le erigió un magnífico sepulcro, que no vió acabado; porque la desdichada reina murió antes de un ataque de *constancia* conyugal, si ya no fue de indigestion *cenicienta*, como hay motivos suficientes para creer.

Añadiremos mas.

La constancia obliga á recursos desesperados.

Dígalo, si no, la burra de Balaam, que con ser burra y todo, su *constante* mansedumbre la convirtió en *oradora* respetable, por el mismo sistema que Moratin (ó Moliér) convierte en médico á uno de sus personajes cómicos.

Pero esta digresion, se dirá, es impertinente. ¿Qué tienen que ver las burras con las personas?

Entendámonos.

Con las burras en general, solo tienen que ver los enfermos del pecho; pero con la burra de Balaam, tenemos que ver todos.

¿Cuál es la gran prueba, la prueba magna que no acertó á impugnar J. J. Rousseau, y que revela el origen divino de la raza humana? La palabra, la palabra cuya etimología solo se concibe por una *primera revelacion*. Es así, que la burra de Balaam usó de la palabra; luego estoy en mi derecho admitiendo en la familia de los racionales á la burra de Balaam.

Esto es incontestable, y si no, que se conteste. Volvamos á la constancia.

¿Qué es constancia? Una especie de parálisis del ánimo que le obliga á perseverar en sus resoluciones buenas ó malas, tuertas ó derechas.

Meditemos.

¿Qué adolescente no ha soñado con una mujer perfecta? De mí, se decir, que llegué á imaginarla.

De gentil talante
 Acabada de pechos y cintura,
 De enhiesto cuello y lánguido semblante
 Rebosando de amor y de ternura.

Este fue mi bello ideal. Despues en la realidad tuve que conformarme con algo menos.

Recuerdo que la primera dueña de mis pensamientos, era flaca, pequeña, carilarga, biliosa, y *tan acabada de pechos y cintura*, como cualquiera tísica de tercer grado. Aun así, me ví y me deseé para cortar los vuelos á mi entusiasmo amoroso.

Si entonces no acierto á dar un golpe de gracia á mi constancia, es probable que á estas horas, hubiera ya tenido que habérmelas con un cordón y con una escarpia; porque la individuo á que aludo, la apellidaron mas adelante Doña Fácil, sin duda por la facilidad con que accedia á cualquiera demanda por atrevida que fuese.

Otro ejemplo.

Pedro, que es un majadero de tomo y lomo, tropieza en un baile con Juana, que es una señorita que habla poco, pero que suspira y echa unas miradas entre inocentes y maliciosas, capaces de acabar con la casta de los castos, si es que de la tal casta queda algo ya sobre la tierra.

Pues, señor, Pedro se entusiasma, cree haber encontrado por gracia del cielo al *mismsimo* ángel de sus ensueños, á la estrella de su esperanza, y... zas, corta á sus ilusiones el vuelo, ó lo que es igual, las estrellas á los pies de la señorita doña Juana.

Ya está mi doncel envuelto entre las mallas de D. Cupido, gozando... como goza la fantasía con la *virgen misteriosa* de los primeros amores. Mas apenas ha empezado á dirigir sus baterías de suspiros hácia los alcázares de su dulce bien, observa entre perplejo y cariacontecido, que tiene que habérselas con uno de esos maniques de salonque rien sin alegría, hablan sin ideas y miran con ternura y suspiran y languidecen, obedeciendo á un mecanismo de educacion, que nada tiene que ver con cierta entraña que está situada en medio del centro inferior del pecho.

¿Qué hará Pedro entonces? Si es constante en el sentido literal de la palabra, debe seguir persiguiendo á Juanita, siquiera en vez de imitar á Homero y Osian cantando los *placeres del dolor*, tenga que lanzar sus *trinos* en las sombras, como esos pobres ruiseñores á quienes dejan ciegos para que la tristeza aumente las melodías de su canto.

Y en verdad, que el que pierde una ilusion de amor, ciego queda del corazón, á lo ménos por algun tiempo.

Por fortuna, debemos suponer que nuestro hombre posee un poquito de buen sentido, del que se coje para dar un vistoso salto atrás, que le coloca á la puerta de sus hogares, por la que se entra como *Pedro por su casa*.

De lo dicho se infiere que la voluntad debe seguir el movimiento natural de los afectos, siendo estos regulados por una conducta juiciosa; y que la constancia *sistemática*, la constancia á todo trapo y contra viento y marea, nos lleva generalmente á un resultado estólido ó desastroso—ó desastroso y estólido al par.

Bien sé yo que mas de un boqui-abierto, de frente estrecha, cejas bajas y ojos redondos, objetará contra la moral de mi proposicion; pero á esos tales contestaré parodiando á Boileau. El que paga su abono al Museo, adquiere el derecho de leerlo acompañado de un pito, que puede tocar á su sabor cuanto guste, con permiso de sus pulmones.

De todos modos, yo hablo de la constancia en un sentido puramente mundano, que de manera alguna debe confundirse con el fondo de rectitud, de bondad y fé sencilla, que hace de las personas ingenuas el tipo de la *consecuencia* y de la verdadera seducccion. Nuestra inocente sátira se dirige á los «hábitos viciosos nacidos de los usos de sociedad,» hábitos que unas veces nos hacen rendir culto á «divinidades paganas,» y otras nos llevan á exageraciones románticas, y á dar á la criatura lo que solo pertenece al Criador.

ENRIQUE VIVANCO Y MENCHACA.

LA EXPIACION.

Al pié del muro que el jardín rodea,
Donde crecen arbustos escogidos,
Alarde haciendo de nudosos tallos
La frente levantó silvestre olivo.

Audaz agita su ramaje espeso,
Que es de su agreste condicion indicio,
Y madreselvas y jazmines trunca,
De su puesto lanzándolos impio.

No satisfecho el huésped importuno
Estiéndese con pérfido egoismo,
Y tristes á su sombra languidecen
Claveles, azucenas y jacintos.

Sus raices al par dilata ansioso,
Y hasta el cimiento, con fatal designio,
Llega de la muralla bienhechora,
Que fue algun tiempo su sostén y abrigo.

«Y no temes, el céfiro murmura,
Que ódios sin fin tu proceder indigno,
Sobre tu frente miserable atraiga,
Y que te alcance al fin justo castigo?»

Por única respuesta el árbol rudo
Abre sus hojas presentando altivo
Su grueso tronco, sus espesas ramas,
Y á mecerse despues vuelve tranquilo.

«Eres fuerte, lo sé, favonio añade,
Mas otros como tú fuertes han sido
Y aunque erguidos, cayeron en el polvo,
Y objeto son de universal ludibrio.»

Tal dijo: en breve el vendabal comienza
A cumplir el funesto vaticinio,
El árbol gigantesco al fin se inclina....
¡Ay del malvado si se ve caido!

El jardinero acude.... Sostenerlo,
Quizá un instante anhela compasivo:
Mas su horrible aspereza recordando
A su lado detiénese indeciso.

Y al ver que madreselvas y jazmines,
Y nardos, y claveles y jacintos,
Marchitos yacen, y que el fuerte muro
Aparece tambien de muerte herido;

—Todos te acusan, infeliz, esclama,
Ven, el fuego te espera, es tu destino.—
Y el árbol que reinar juzgó entre todos,
Dobló su frente al vengador cuchillo.

Y aun le aguarda otro mal: frescos renuevos
Deja el triste al morir, que inofensivos
Y tiernos son, y cultivados fueran,
Arboles bellos, de Minerva dignos:

Empero el roto muro los rechaza,
Las flores sus futuros enemigos
Transidas de pavor en ellos miran,
Y el podador decreta su estermio.

Injusto es tal rigor con la inocencia,
Mas, ¿no es frecuente entre los hombres mis-
Que hasta los hijos del malvado lleguen
La sombra de la culpa y el castigo?

La ilustracion en vano lo deplora,
¡Oh! si en las almas abrigais cariño,
Padres, ejercitad altas virtudes,
Sed probos, sed afables, sed benignos.

Que no podeis legar mas pingüe herencia,
Que el recuerdo de un nombre, puro y limpio;
Y es el baldon de un padre, eterna fuente
De vergüenza y dolor para sus hijos.

ANTONIO DIAZ DE LAMARQUE.

GALERÍA

DE PERSONAJES POLÍTICOS Y MILITARES DE LAS POTENCIAS BELIGERANTES EN ALEMANIA Y EN ITALIA.

El general de ejército Enrique Cialdini.

Hé aquí sin género de duda el nombre mas popular en el ejército regular italiano. D. Enrique Cialdini, general de ejército, diputado al parlamento nacional, gran cruz de las órdenes de San Mauricio y San Lázaro, del Mérito Militar de Saboya, de la Legión de Honor, de Isabel la Católica, condecorado con el Nischam Iftijar en diamantes, etc., etc., mandó en el ejército de operaciones de Italia el 4.º cuerpo de ejército que consta de cinco grandes divisiones, como unos 80,000 hombres próximamente. Tal vez á estas horas, al frente de esta respetable hueste, haya atravesado el Pó Cialdini, marchando hácia Rovigo y Pádua.

Pintásele á Cialdini pequeño de cuerpo, vivo de espíritu, ardiente é impetuoso, con una palabra de fuego y un corazón de acero. Se le reconoce el don especial de comunicar su ardor á los soldados, de entusiasmarles, de arrastrarles en lo mas ríscio del combate, como hizo en la guerra de Lombardia en varios combates, en la batalla de Tractir, en Palestro y en San Martino.

Este brillante general, cuyo nombre se ve asociado á todas las empresas por la causa de la libertad en Europa y á todos los esfuerzos heroicos consagrados al fin de la unidad italiana, tiene ahora 55 años. Nació el 8 de Agosto de 1811 en Lombardia, en una casa de campo que pertenecía á su padre, situada cerca de Castelvetro (ex-ducado de Módena): su padre, que era ingeniero en jefe de canales y caminos del estado de Módena, se vió obligado á emigrar en 1829. El jóven Enrique, despues de haber hecho sus estudios filosóficos en la universidad de Parma, seguía los cursos de medicina en la misma ciudad, cuando estalló el movimiento revolucionario de Febrero de 1831. Se alistó en el regimiento de infantería ligera organizado en Regio, y sirvió como cabo hasta su disolucion en Sinigaglia. Condenado al destierro, se embarcó en Ancona para Marsella, y luego pasó á Paris.

Fue la época mas angustiosa y difícil de su vida. Aniquilada su familia por los rigores de la tiranía, el pobre Enrique Cialdini se vió reducido á la pension de un franco 50 céntimos que le pagaba el gobierno francés.

Cialdini tomó, empero, una resolucion heroica: quiso redimirse de la miseria por la fe y el estudio. Determinó continuar en la gran metrópoli del saber humano sus estudios médicos. Alojado en el hotel Harcourt, calle de la Harpe, siguió las clínicas de Dupuytren, de Lisfranc y de Rostan. Al mismo tiempo emprendía la version al italiano de Voltaire, de Juan Jacobo Rousseau y de las obras quirúrgicas tan afamadas de Mr. Velpeau.

Soportaba las miserias de una existencia tan laboriosa con una indomable energía cuando un ataque de cólera en 1832 estuvo á punto de arrebatarle al sepulcro.

Apenas restablecido, se enganchó como voluntario en los «Cazadores de Oporto» al servicio de D. Pedro, y tuvo fortuna en la campaña de Por-

tugal, ganando los grados de furriel, sargento y subteniente. Después de esta campaña, pasó á España con la misma legión á servir contra el infante rebelde, se distinguió entre los mas valientes, obtuvo ascensos y llegó á ser ayudante de campo del brigadier Durando. Su único hermano (1), que servía con él en la misma legión, le salvó la vida con peligro de la suya en el desastre de Morrela.

* *

Al concluir la guerra civil por el triunfo de las armas liberales, fue disuelta la legión de Opórto: El Sr. Cialdini tenía entonces el grado de teniente coronel, que le fue reconocido por el gobierno español. Ingresó en el benemérito cuerpo de la Guardia civil y fue destinado á la ciudad de Valencia, en donde contrajo nupcias con una señorita de distinguida familia.

* *

Servía Cialdini en el ejército español cuando estalló la revolución de 1848: los ecos de la patria le llamaron al teatro donde se reñían mortíferos combates por la libertad y la independencia. Acorrió á Italia, que llamaba á todos sus hijos ausentes á agruparse en torno de las banderas libertadoras. Admitido como teniente coronel en el cuerpo del general Ferrari, sirvió en Venecia y poco después fue nombrado coronel. En la batalla de Vicenzio fue herido de gravedad y cayó en poder de los austriacos. Curado y puesto en libertad, ingresó en el ejército piemontés y fue encargado de la organización de un regimiento que se llamó regimiento de los ducados, porque estaba compuesto de 3,000 voluntarios de los ducados italianos. Hizo la campaña de 1849 contra Radetzki á la cabeza de dicho regimiento. Pocos días antes de la batalla de Novara, encontrándose en la vanguardia, sostuvo contra fuerzas superiores un combate de algunas horas que, por la inercia de Ramorino y el abandono de una parte de sus tropas, se convirtió en una derrota.

* *

El Sr. Cialdini había adquirido en estos acontecimientos una brillante reputación personal, y cuando el gobierno piemontés resolvió unirse á Francia é Inglaterra para hacer la guerra á Rusia, aunque no era mas que coronel, fue elegido para mandar una brigada en el cuerpo expedicionario. A su vuelta fue nombrado mariscal de campo (general mayor) y ayudante de campo del rey. En Crimea se distinguió mucho el coronel Cialdini por su bizarría y su inteligencia, y no hace muchos años que el difunto mariscal Pellissier consagró á los méritos de este militar un brillante elogio, con motivo de una atroz calumnia que se había levantado contra el vencedor de Castelfidardo.

* *

Se notó mucho, y fue objeto de críticas en ciertas clases de la sociedad, el que el rey del Piemonte confiriera los cordones de su ayudante de campo á Cialdini, cuando hasta entonces estos cargos se habían reservado exclusivamente para los oficiales que pertenecían á la nobleza.

* *

Colocado al frente de una división desde el principio de la guerra de 1859, la 4.^a de infantería, tomó muy importante parte en aquella campaña. Primeramente se distinguió en el combate de Palestro, cuyos honores comparte con el rey Víctor Manuel; luego recibió encargo de flanquear á Garibaldi, ayudando las atrevidas operaciones de este guerrillero. El general Cialdini tuvo

(1) D. Guido Cialdini, casado en Valencia, y cónsul de Italia en aquella ciudad.

la honra de disparar los últimos tiros de la guerra en el paso del Diablo, cerca del Stelvio, en la frontera suiza.

* *

Sus servicios en esta campaña fueron recompensados con el grado de teniente general, y después de la anexión de los ducados, cuando se dió una nueva organización al renaciente ejército italiano, se le confirió el mando del distrito militar de las Romanías con asiento en Bolonia.

* *

Desde este momento se agranda el horizonte de este afortunado general y no vulgar hombre político, y su carrera ocupa un ancho lugar en la historia contemporánea.

* *

Todos los que han seguido atentamente las fases de formación del reino italiano, recordarán que Cialdini fue uno de los personajes (el otro era el célebre Farini) que recibieron encargo del rey Víctor Manuel de ir á felicitar al emperador Napoleón en Chambéry, á la raíz de la anexión de Saboya. Allí obtuvieron, se asegura, la venia para la invención de las Marcas y de la Umbría, y escuchó Cialdini de augustos labios la famosa expresión de estímulo: «*faites vite.*»

* *

La invasión, en efecto, se verificó inopinada y súbitamente; no duró mas de ocho días. El cuerpo de ejército que mandaba Cialdini se apoderó de Pésaro, batió y aniquiló al ejército de Lamoriciere el 18 de Setiembre de 1860, y puso en seguida sitio á Ancona, cuya plaza, impugnada además valerosamente por la escuadra del almirante Persano, no tardó en rendirse.

Cuando entró en Ancona como vencedor, hacia precisamente, diez y nueve años que había salido como desterrado.

No concluye aquí la campaña de Cialdini. Penetró con su cuerpo de ejército en las provincias napolitanas, para dar cima á la obra empezada por los voluntarios; mandó el sitio de Gaeta y obtuvo la rendición de esta plaza, después de un mes próximamente de defensa, el 11 de Febrero. Este hecho le valió la gran cruz del Mérito militar, aunque se anunció que recibiría el título de duque y el collar de la Anunziata.

Obtuvo después la rendición de la plaza de Civitella de Tronto, en los Abruzos, defendida por un fraile, y después fue á vencer la tenacidad inquebrantable del famoso mariscal Fergola, que no quería entregar la ciudadela de Messina. Todos estos hechos abillantaron tanto los servicios y la popularidad de Cialdini que vino á ser el general de mas prestigio y nombrado del ejército que se reorganizaba; el rey le elevó á la dignidad suprema de la milicia juntamente con Garibaldi y Manfredo Fanti. El ilustre ex-dictador rehusó perentoriamente este honor.

* *

En el mes de Abril de 1861 el general Cialdini, que había sido elegido diputado, vino á tomar su asiento en la cámara. Poco después apareció también en la cámara el general Garibaldi, vestido con el traje popular y leyendario de los voluntarios, y á propósito de la anexión de Saboya y de la ingratitud con que se había tratado á los voluntarios, pronunció un violento discurso enderezado personalmente al conde de Cavour, alcanzando algunos de sus vehementes cargos al general Cialdini. Cialdini, herido en su amor propio, aunque hasta entonces había mantenido las mas cordiales relaciones con el ilustre caudillo del pueblo, le escribió una memorable carta, increpándole dura-

mente por sus actos, por su porte y por su actitud, y pintando con vivos—y probablemente exagerados por la pasión—colores la situación en que se encontraban los voluntarios en el Volturno cuando él acudió á su socorro. Esta carta concebida en el estilo vivo y agresivo que á veces gasta Cialdini, hizo el efecto de una bomba; parecía de todo punto irremediable una estrepitosa y grave ruptura entre dos generales que habían prestado eminentes servicios á la causa nacional. Las diligencias pacíficas y conciliadoras del rey en persona, del conde Trecchi, de Cavour y del marqués de Pallavicini, alcanzaron una reconciliación, y la vuelta de Garibaldi á Caprera, después de haber celebrado una entrevista íntima con Cavour, á quien dos días antes habían dirigido aquel terrible apóstrofe; «Jamás estrecharé la mano del que me ha hecho extranjero en mi patria.»

* *

Aquel mismo año, por Julio, fue el general Cialdini nombrado lugarteniente general del rey en las provincias meridionales, en cuyo importante puesto, sin haber logrado el fin de pacificación que se proponía, permaneció hasta el mes de Noviembre, en que, á petición suya, le reemplazó el general Lamármora.

* *

El año 1862, cuando Garibaldi intentó un movimiento en Sicilia al grito de «*Roma ó muerte*» para realizar por la vía de las armas la obra de la unidad italiana, fue el general Cialdini enviado á Sicilia con poderes omnímodos para reprimir la insurrección. Pocos días después de su llegada, el coronel Pallavicini á la cabeza de una columna de bersagliers alcanzaba la victoria de Aspromonte, viniendo á ser enteramente innecesaria la misión de Cialdini. En la relación que el coronel Corte público de los sucesos de Aspromonte, refiere que al ser levantado á bordo de la fragata «*Duca di Génova*» el general Garibaldi, gravemente herido, el general Cialdini que presenciaba el hecho desde la fragata «*María Adelaida*» que ostentaba la insignia del almirante Albini, ni el general ni el almirante se dignaron saludar á la antigua amistad y al infortunio patriótico. Esto prueba que la reconciliación de Turin no fue mas que aparente: Garibaldi hizo un sacrificio mas, y hé ahí todo. Garibaldi y Cialdini no se aman ni se estiman siquiera hoy.

La herida de Abril de 1861, y luego la ofensa de Aspromonte, fueron muy profundas; no se han cicatrizado ni se cicatrizarán, no obstante la rara y magnífica bondad del jefe de los voluntarios.

* *

Después del suceso de Aspromonte, el general Cialdini ha conservado casi sin interrupción su mando de Bolonia, habiéndole ofrecido varias veces posiciones ministeriales que ha rehusado.

Si no estamos trascordados, y no son inveraces los datos de que nos valemos, el general Cialdini no ha sido nunca ministro; ha desempeñado, sí, comisiones diplomáticas importantes, y ha sido mas de una vez consultado por el rey y por los jefes de los partidos en negocios áridos de política.

* *

El general Cialdini, que perteneció en sus mocedades al partido radical mas avanzado, es ahora un conservador liberal, bastante identificado con la política de los Ratazzi y de los Lanza. Se le concede un juicio político elevado, un golpe de vista largo y rápido, instrucción nada común y talentos de orador y de escritor. Como escritor, entre los hombres de espada, aunque no ha publicado libros, quizá sea el que sepa imprimir mas colorido á su estilo, mas nervio á su frase.

Artillería austriaca en marcha.



Ho spital de sangre de las tropas prusianas.



Ayuntamiento de Madrid

Siempre sus proclamas y arengas han llamado la atención por su mérito literario, por la belleza, rotundidad y armonía de sus períodos, y especialmente por el color y la energía que en ellas brillan.

En otro tiempo parece que Cialdini se dedicó bastante á escribir en los periódicos, y ha conservado, á lo que se asegura, la rapidez de redacción y los hábitos del antiguo oficio.

Hé aquí ahora la orden del día que acaba de dirigir el general Cialdini al cuerpo de ejército que manda, y que viene á confirmar el juicio que hemos emitido:

«Oficiales, sargentos y soldados del 4.º ejército: volvemos á tomar las armas bajo los auspicios y el mando del rey Víctor Manuel. No nos mueve ni la ambición de dominar, ni el deseo de conquista; solo queremos libertar á la infortunada Venecia, tierra que no es austriaca, sino eminentemente italiana; no queremos mas que llevar á cabo la independencia y la unidad de nuestro país, misión santa para toda alma generosa y patriótica. Por eso nos acompañan las simpatías de todos los que en el mundo aman la justicia.

Al tener noticia de empresa tan anhelada, los celos municipales y las disensiones políticas han desaparecido; las rivalidades de los hombres y las discordias de los partidos se han callado; nos hemos tendido fraternalmente la mano. Espectáculo solemne, ejemplo sublime que nos enseña como Italia puede, si ella quiere, acrecentar todos los días su poder.

A las armas, pues. La santidad del fin, la grandeza de los medios, nuestra concordia han preparado la victoria. A nosotros nos toca obtenerla. ¡A las armas!

Queden para el enemigo las bravatas amenazadoras, las palabras arrogantes. El lenguaje de la cólera y del orgullo no fue nunca un instrumento de fuerza ni de justicia.

Por el contrario, recordemos tranquilamente que nuestra bandera ha recorrido Italia desde Turin á Marsala por una vía espléndida de triunfos nacionales, y sacando del pasado una confianza tranquila en el porvenir, aguardemos con calma y seguridad las órdenes del rey guerrero, los decretos del destino y los fallos del cañón.

Cuartel general de Bolonia 20 de Junio de 1866.
—El general de ejército, Enrico Cialdini.»

LA CLASE MEDIA.

I.

Más de una vez, como á otros muchos, se me ha ofrecido la duda de si la civilización, tal como la poseemos, es una fortuna ó una desgracia para la humanidad. Considerado el hombre con relación al objeto para que fue creado, parece indudable que su destino es un progreso constante, que le lleva al grado superior posible de perfectibilidad. Basta abrir la historia para convencerse de que aun á pesar de los períodos de oscurantismo porque la humanidad ha pasado de tiempo en tiempo, siempre ha aparecido la civilización con nueva fuerza, irradiando una luz más brillante, adhiriéndose más y más á nosotros, si puedo valerme de esta frase. Así, por ejemplo, la decadida civilización de los pueblos griego y romano era muy inferior á la nuestra, por mucho que en su abono digan los fanáticos admiradores de tiempos, cuya mayor grandeza consiste en la distancia que los separa de nosotros. El siglo marcha, como ha dicho Eugenio Pelletan, y Dios sabe dónde parará; de conquista en conquista

vamos despojando á la naturaleza de sus secretos, y ni tengo por imposible la resolución del problema del movimiento continuo, ni la dirección de los globos, ni que con el auxilio de estos dos descubrimientos y otro que sirva para crear atmósfera, lleguen nuestros nietos á viajar cómodamente de la tierra á la luna, de la luna á Saturno y de Saturno á donde Dios y su audacia fuesen servidos llevarles.

Pero si el hombre civilizándose cumple con su principal objeto, me parece también fuera de duda que la civilización, aumentando sus necesidades y sus deseos, debe hacerle desgraciado.

En cualquier edad, súmense los padecimientos de dos hombres, el uno civilizado y el otro salvaje, y se obtendrá una diferencia en contra del primero, capaz de hacernos maldecir de la civilización y de nuestro eterno afán de civilizarnos.

En todas las naciones la clase más infeliz es la clase media. ¿Por qué? Indudablemente porque es la más civilizada.

Dos sistemas de gobierno se disputan el mundo, casi casi desde que salió de la nada; el uno, el que atribuye á la soberanía un origen divino; el otro, el que la hace emanar directamente del pueblo.

Las sociedades modernas han querido hermanar estos dos principios, creando un sistema eléctrico; aquellas sirven respectivamente á la aristocracia y al pueblo, el eclecticismo se ha inventado indudablemente para la clase media.

Yo creo que la aristocracia y el pueblo tienen resuelto su problema social en sus propias condiciones. Todos los sistemas del mundo no pueden impedir que haya opresores y oprimidos, ricos y pobres, gente que huelgue y gente que trabaje.

El gran problema social que está por resolver, cuya solución es sin embargo de urgencia inmediata, es el problema de la clase media.

La civilización la coloca en aptitud muy adecuada para elevarse hasta las nubes ó para hundirse en el abismo más espantoso; suspendido eternamente entre la prosperidad y la ruina, con la ambición abierta á todos los deseos y condenada á la realidad, no hay suplicio como el suyo; es la parte de la sociedad que verdaderamente está fuera de su asiento. ¿Cuál es el asiento legítimo de la clase media?

Vive á igual distancia de la choza que del palacio; conoce tan á fondo la miseria como la opulencia; tiene conciencia de todos los placeres, los toca incesantemente con la mano y nunca consigue embriagarse con ellos para moderar el deseo con el hastío.

Dueña por derecho de conquista de sus dos poderosos ejes sobre que rueda la sociedad, del pueblo porque acepta su yugo, de las clases elevadas porque la necesitan, parece un rey sin centro y sin corona, un verdadero monarca representativo; reina pero no gobierna.

Alguna vez consigue ver realizado su afán constante, y amparada de un título de nobleza, de un tratamiento de excelentísimo señor, ó de algunos millones de capital, rompe la ominosa cadena y salva el escalon que le separa de la otra clase, que aun viviendo con ella es su rival y su enemiga; pero en cambio muchas más veces el salto que dá es de retroceso; desde las alturas del Capitolio se precipita por la roca Tarpeya, y rueda en un abismo de que la plebe no puede tener nunca ni la idea más remota.

Como las excepciones no perjudican á la regla general, como en la clase media por cada uno que sube descienden ciento, como la inmensa mayoría se sostiene en un nivel espantoso, fuerza es reconocer que en la sociedad como en la re-

ligión, muchos son los llamados y pocos los escogidos.

Yo quiero que se me señale un solo hombre perteneciente á este nivel de que he hablado, que sea feliz hasta el punto en que la felicidad es compatible con nuestra manera de ser. De fijo no lo hay: se comprende la felicidad en las clases que no traspasan nunca un círculo mezquino, que viven en un mundo infinitamente más pequeño; se comprende también en las que tienen deseos y no obstáculos para realizarlos, pero es de todo punto inconcebible en las que para cada deseo ardiente tienen un obstáculo poco menos que insuperable.

La civilización que ha proclamado el gran principio de la igualdad, sigue adelante tan satisfecha, sin cuidarse de armonizar la teoría con la práctica, nos ha dicho que somos iguales, pero no nos ha dicho todavía los medios de serlo.

Teníamos ya la aristocracia de la sangre que nos parecía insoportable y le pusimos el correctivo de la del dinero; pronto esta se nos hizo también insufrible y creamos la del talento, que no pasa de ser una sangrienta ironía. Si con una sola aristocracia nos iba mal, nada me parece tan lógico como que con tres nos vaya infinitamente peor.

El horror instintivo á la aristocracia de los pergaminos nos hizo buscar algo con que ponerla en caricatura, y un instinto fatal nos dió á conocer la aristocracia del talento.

Véase un sábio habitando entre las cuatro paredes sucias y lóbregas de una boardilla, consumiendo su inteligencia en el estudio á la luz de una vela de sebo, ó véasele en la calle sombrío y meditabundo con su levita raída, y dígasenos: «ese es un aristócrata.» ¡Qué sonora será la carcajada de burla con que contestemos á este anuncio!

¿Es quizás el talento la escala mágica que ha de elevar á la clase media hasta las regiones de sus sueños? En algunos casos puede ser; pero la excepción no destruye la regla general.

La única solución que conozco para este problema es la osadía; pero la osadía es un don del cual solo disfrutaban algunos pocos.

Existe siempre el mismo desnivel, desnivel espantoso entre las necesidades y los recursos de la clase media. Yo no conozco leyes ni costumbres que lo puedan destruir, yo no veo que la civilización se dirija tampoco á destruirlo.

Cuando oigo hablar de reacción me río, y cuando oigo hablar de revolución no me espanto; una y otra han equivocado su camino: inútiles son todos los esfuerzos de un poder cuya cabeza está ya abatida para siempre: el pueblo no conseguirá nunca llevar á cabo una revolución duradera porque no tiene problema que resolver; será cuando más un instrumento.

La verdadera revolución social, cuyo carácter se desconoce, que no se pueda decir si será violenta ó pacífica, si tomará esta ó la otra forma, es la revolución que ha de hacer la clase media, que ya viene iniciada y que Dios sabe dónde y cuándo se detendrá.

¿Bastará á resolver el problema de la vida, ó creará otro aun más difícil? En el primer caso, la civilización será un bien positivo; en el segundo, una de las grandes locuras de la humanidad.

L. G. DE LUNA.

DE LA EDUCACION CRISTIANA QUE DEBEN DAR LOS PADRES DE FAMILIA A SUS HIJOS.

No hay obligación más estrecha y esencial á los padres y madres que el dar una cristiana edu-

cacion á sus hijos. No es mayor la obligacion de alimentarlos, que la de criarlos bien; son como tutores de sus hijos, especialmente cuando se hallan en edad en que las primeras impresiones que reciben son como los principios, ó como la semilla del destino que han de tener eternamente. Con seguridad se puede decir que la salvacion ó condenacion de los hijos pende principalmente de su buena ó mala educacion. Ningun padre, ninguna madre, están dispensados de esta obligacion; pero ¡cuántos hay que se dispensan á sí mismos de ella! ¡Cuántos hijos se condenaron por haber sido su mala crianza causa infeliz de su eterna desdicha! Esto es lo que debieron á sus crueles padres; pero si la sangre del inocente Abel está clamando á Dios venganza desde la tierra, ¡qué gritos estarán dando desde lo profundo del infierno, aquellos hijos desdichados, pidiendo á Dios que castigue á sus impíos padres, porque con su mal ejemplo, con su negligencia, con su abandono en darles una buena educacion, fueron causa de su eterna desgracia! Gran pecado es impedir á los hijos que abracen la Religion cristiana: ¿pero será por ventura menos culpa no cuidar de que los que son cristianos, vivan como prescribe la religion? Desengañémonos, que la salvacion de los padres y madres tiene grande conexion con la salvacion de los hijos. Este y aquel que serian unos santos sino tuvieran hijos, segun lo arreglados que son en su porte y en su conducta personal, serán quizás condenados por el descuido en el gobierno doméstico de su familia. Aquella otra mujer sería irreprehensible á los ojos de Dios, sino tuviera que responder á su Majestad de los desórdenes de aquellas hijas que no cuidó de criarlas con recogimiento y temor de Dios. Helí era un hombre justo por lo que toca á su persona; pero ¡en qué abismos no le precipitó la blanda indulgencia con sus hijos! No cuidar de ellos, dice el Apóstol, es renunciar la fé, y ser peor que un infiel. El Espíritu Santo no gasta exageraciones. ¿Y será causa legítima de los padres decir que fiaron este cuidado al desvelo de los ayos, de los maestros ó de los estraños? La atencion de estos no descarga del todo á los padres de tan sagrada obligacion, porque, á lo mas, los ayudan á llevar la carga. Los hijos pueden tener maestros; pero los padres tienen obligacion de saber si los maestros cumplen con la suya y si los educan bien; y aun es mas obligacion é indispensable la que los estrecha á darles buen ejemplo.

Mas imitan los niños lo que ven que lo que oyen; y por esta razon no hay en los padres accion exterior menos arreglada, que no contraiga la malicia de escandalosa. ¡Qué cuenta tan terrible tendrán que dar al Señor aquellos padres tan poco cristianos y tan impíos, que apenas conocen á sus hijos, segun las pocas veces que los ven, y cuando los ven, parece que solo es para sembrar en sus corazones principios de irreligion con sus perversos ejemplos y palabras obscenas; aquellos padres á quienes no dá mas cuidado la buena crianza de sus hijos, que sino fueran suyos, y juzgan haber satisfecho bastantemente á su obligacion con darles un maestro de escribir y otro de danzar! ¿Y nos admiraremos despues de esto de que la gente moza salga tan disuelta, y de que la ira de Dios caiga sobre tantos padres abandonados, y sobre tantas madres descuidadas de sus hijos é hijas! Esta sola reflexion bastará para hacer desesperar á muchos padres y madres á la hora de la muerte.

Si Dios pide tan estrecha cuenta, como dice el profeta Ezequiel (cap. 3), á aquellos ministros mudos, ó nimiamente condescendientes de la sangre del impío, á quien dejaron morir en su ini-

quidad; ¿qué cuenta no pedirá á los padres descuidados en la cristiana educacion de sus hijos, que por esta inercia fueron causa de su perdicion? No aguarda Dios á la otra vida para castigarla. Esos trabajos, esas pesadumbres, esos pleitos, esas divisiones que se ven en las familias, que las arruinan y aniquilan, frutos suelen ser de la mala crianza de los hijos, y justo castigo con que el Señor se anticipa á dar su merecido á la absoluta y desmoralizada desidia de los padres.

No se oyen por todas partes mas que amargas quejas de la desenfrenada licencia de la juventud; clámase contra la corrupcion general de las costumbres: gritase contra la general disolucion; contra la irreligion de la gente jóven en la sociedad doméstica. Traten los padres de educar cristianamente á sus hijos; no fien enteramente este cuidado á los estraños; autoricen su buena doctrina con sus buenos ejemplos desde el mas elevado trono hasta la mas humilde cabaña; y presto se verá el mundo reformado.

La buena educacion endereza las torcidas inclinaciones del mal génio, auxilia á la naturaleza, y sin ella los mayores ó mejores talentos son infructuosos. ¿Qué producirá la mejor tierra, faltándole el cultivo? Espinas y abrojos.

El mejor natural bastardea, si le falta la educacion. Son los hijos unos depósitos que Dios confió á los padres; y ¿no es lástima dejar estas tiernas plantas sin cultura? ¿No es crueldad, no es malicia, sembrar en esta tierra grano inútil ó pernicioso? Parece que muchos padres solamente lo son para trasplantar sus vicios en sus hijos. El que no cuida de los suyos, particularmente de sus domésticos, dice el Apóstol, negó la fé y es peor que un gentil.

¿Se librarán de esta nota aquellos que apenas ven á sus hijos, aumentando con el dia ese semillero ó enjambre de *pilletes*, aprendices de presidio, aun en su menor edad, que se observan con dolor en la *placilla Vieja*, en la *plazuela de las Vacas* y en la *Albina del Puente Suazo*, jugando siempre á las chapas, siempre tirando piedras en todas direcciones, molestando siempre y aun insultando á los transeuntes, á quienes á menudo hacen frente como *facinerosos* ó bandidos? Pues ¿y aquellas madres que cuidando de sus galas, de sutocador y de sus diversiones, abandonan la educacion de las hijas á merced de sus criadas? De qué servirá á los hijos muchos bienes sin virtud, y no pocas veces sin religion? De poner la espada en manos de un furioso, cuyo resultado es el presidio ó el patíbulo en los varones, ó la prostitucion, los lavaderos ó el cadalso para las hembras. A un hijo mal criado, sin educacion moral doméstica ni pública, qué honra le dará mas rico patrimonio?

La herencia mas preciosa que se puede dejar á un hijo, separándole de la ociosidad, de la holgazanería y de los vicios, es la educacion pública ú obligatoria, aceptada por la jurisprudencia de instruccion pública de todas las naciones de la cultura Europa.

¡Ojála no sean desatendidas por nuestras autoridades estas sencillas y sucintas reflexiones, como encargadas por su benéfico cometido de *padres de los pueblos*, de morigerar y *cristianizar*, digámoslo así, las costumbres de sus localidades respectivas, con el religioso fin de que la sociedad doméstica, ó sea la familia, harto desmoralizada ya con los vicios y la ignorancia de sus legítimos deberes y derechos, no resulten, en su día, (lo que Dios no permita) no muy lejano, bandadas de fieras indómitas y feroces, sin temor de Dios, para poblar los presidios y hasta expiar sus delitos en los patíbulos!

No olviden en su gobierno paternal que varias casas, en conjunto, constituyen una quinta, ó una aldea, ó una villa; y de esta villa, tomando aumento por su poblacion, resulta una ciudad, cabeza de partido judicial; y que de muchas de estas proceden las provincias, y de la reunion de mas ó menos provincias indistintamente se forma un reino ó nacion, las cuales, conjuntivamente, se denominan provincias, ó sea la sociedad española, de cuya desmoralizacion y crímenes espantosos de subversion é infidelidad tanto se deploran y lamentan *los descendientes de San Fernando y de los Alfonsos*, como todos los hombres pacíficos é inofensivos y amantes de esta desventurada y aniquilada patria.

M. C. y B.

DANTE.

I. BIOGRAFÍA.

Al modo que de tarde en tarde nuevos astros y constelaciones, mas brillantes ó preciosas que las conocidas, vienen á aumentar el número de las maravillas de la creacion, de la misma suerte aparecen entre la humanidad, en su constante viaje de civilizacion y progreso, genios especiales y privilegiados, que al par que ilustran con su saber el tiempo en que viven, y las edades futuras con sus obras y su ejemplo, fundan nuevos sistemas, estirpan ridículas preocupaciones, establecen atrevidas doctrinas políticas y sociales, é inauguran, ó por mejor decir, personifican épocas enteras, eclipsando con su brillo cuanto existe á su alrededor. Uno de estos genios—para nosotros el mas grande de los tiempos modernos—es el autor de la «Divina Comedia,» el florentino «Dante Allighieri,» mas conocido y justísimamente alabado por sus obras, cuando ya el incienso del elojio no podia servir de compensacion á las amarguras de su vida toda, que mientras sacrificaba su tranquilidad y su vida en aras de su amada patria.

Nacido en el año 1265, de una de las mas nobles familias de Florencia, demostró desde sus mas tiernos años las felices disposiciones de que pródiga le dotara la naturaleza. Quizás sin la intervencion de la casualidad, ó la mano de la Providencia, no se hubieran manifestado aquellas en edad tan temprana; pero ello es que niño aun, sintió una de esas emociones que casi siempre deciden del porvenir de los hombres de genio.

Celebrábase la fiesta de las Calendas de Mayo, y con tal ocasion lo acompañó su padre á la casa de su vecino Folco de Portinari: allí vió á Beatriz, niña tambien como él, pero cuyo rostro expresivo cubierto de un tinte melancólico, y azulados ojos, en los cuales se leía la grandeza de su pensamiento y la ternura de su corazon, llegaron hasta lo mas íntimo del alma del jóven *Dante*, que en aquella inocente niña creyó ver un ángel del Señor. Beatriz fue desde aquel instante la musa que inspiró sus acentos al apasionado poeta; Beatriz fue el único pensamiento del *Dante*; Beatriz fue su mundo, su gloria, su ser, y en el arrebató de su purísima pasion, llegó á ofrecer un respetuoso culto á la que habia despertado nuevos sentimientos en su interior. Mas ¡ay! que pronto, cual tierna flor que nace y muere con el sol del mismo día, el alma cándida de Beatriz debia volar á reunirse con los demás querubines que entonan himnos de gloria junto al trono del Altísimo. *Dante* tuvo un presentimiento de la terrible desgracia que le amagaba, y muy pronto la muerte de Beatriz realizó el

funesto ensueño que excitara su calenturienta imaginación.

En la honda melancolía que se apoderara del alma del poeta, y seguro de que ya no podía encontrar ventura sobre la tierra, refugióse en el estudio, «para elevar mas tarde á la memoria de aquella un monumento cual no se habia erigido á otra mujer.» Entonces fue cuando adquirió aquel émulo de conocimientos, que habia hecho que su obra mas acabada constituya una verdadera enciclopedia de las ciencias de su tiempo. Porque no contento con el estudio de los poemas de Homero y Virgilio, y las odas de Píndaro y Horacio, poco satisfecho aun con conocer las canciones de amor de Arnaldo Daniel, y los cantos bélicos de Bertrand de Born, quiso estudiar detenidamente las artes del «Trivio y Cuadrivio,» es decir, lo que constituía el tesoro del saber de aquella edad. Quizás cuando su alma se sentia fatigada por el estudio, volvía los ojos al purísimo espíritu que desde el cielo le miraba, é inspirado con sus recuerdos escribía la «Vita nuova,» sincera y tierna revelación de las tribulaciones que su alma experimentara en su juventud.

Llega sin embargo una edad en la vida del hombre en que siente en su corazón necesidad de agitarse en mas vastas y dilatadas regiones. La santa ambición de gloria por un lado, y el deseo de ser útil á su patria dominan en él, y todo cede ante esa generosa idea. Por aquel tiempo hallábase amenazada de muerte la independencia de las repúblicas italianas, y Dante quiso contribuir á salvarla, alistándose en consecuencia en uno de los gremios mayores, con el fin de poder desempeñar cargos en la república. Desde este momento, ¡cuántos triunfos, cuántos padecimientos, cuántas peripecias y alternativas en la vida del que siendo güelfo por nacimiento, se hizo blanco por convicción, para terminar en gibelino por puro resentimiento popular! (1.) Vencedor en el combate; prevaleciendo su opinión en el consejo: enviado en distintas ocasiones para ajustar paces y tratados con provincias y ciudades vecinas; Prior finalmente de su ciudad natal, lo vemos poco despues perseguido, desterrado, sentenciado arbitrariamente como concusionario; vagando errante y «cual buque desmantelado y sin gobernarle, á merced del viento de la pobreza,» por Siena Arezzo, Pádua y Bolonia; escarnecido y maltratado por niños y mujeres en las calles de las ciudades güelfas: pidiendo paz y caridad en el convento de Santa Croce de Corvo; mendigando el amargo pan de la emigración en los arrabales de Paris; aplaudido y victoreado por el triunfo obtenido sobre los doctores de la Sorbona; viviendo despues en Verona triste y melancólico como siempre; y contestando á una proposición indigna, mediante la cual se le permitía regresar á su patria: «que en todas partes le alumbraran los mismos astros, y que si bien salado y amargo nunca le faltaria el pan.» Palabras que pintan el temple de su noble alma, y que borran completamente las que, obedeciendo á bajas pasiones escribiera ó pronunciara en momentos de desesperación. Y si esto fuera insuficiente aun, bastaria saber que su muerte, acaecida en 1321, fue ocasionada por el mal éxito de una embajada á Venecia que le confiara Guido Novello, señor de Rávena, y que al espirar salieron de su boca las palabras de Salomon: «¡Vanidad, todo vanidad!»

(1) Conociáanse con el nombre de güelfos los que seguían el partido del Papa ó de Italia, y con el de Gibelinos los secuaces del Imperio ó de la casa de Austria. Aquellos eran blancos y negros segun que transigían mas ó menos con las ideas del partido contrario.

Tal es en brevísimo resumen la vida del cisne de Florencia. Víctima de la crueldad, del odio, de la tiranía, de todas las malas pasiones, en una palabra, de su tiempo, ha merecido y alcanzado la mas brillante apoteosis de la posteridad. Sus obras, y especialmente La «Divina Comedia,» se han hecho, por decirlo así, el patrimonio de todas las naciones civilizadas, y cuando la Italia, aquella Italia que lo arrojó ignominiosamente de su hermoso suelo, ha sentido extinguirse la llama de su inspiración, ha acudido á la «obra inmortal, en que pusieron manó Cielo y Tierra,» bastando la lectura de uno solo de sus difíciles y armoniosos tercetos, para que de nuevo brotara, fresca lozana, y abundante la mas sonora y dulcísima poesía.

II. LEYENDAS.

Dante, como todos los genios privilegiados, que han dejado profundamente impresadas las huellas de su peregrinación sobre la tierra, ha merecido de la posteridad ese tributo especial; ese simulacro de adoración, que si en parte desvirtúa la esencia histórica de la vida del hombre que se pretende inmortalizar, indica el grande aprecio y consideración en que lo han tenido sus semejantes, ya que han visto ó han pretendido ver en él circunstancias extraordinarias, maravillosas, podriamos decir, y que bastarian por sí solas para distinguirlo, no solo del vulgo de las gentes, si que tambien del comun de los que con sus obras ó con su ejemplo ilustran ó guían á la desvalida humanidad. Homero, Virgilio, Tasso, Camóens, Milton—y no se crea que porque limitemos nuestras citas á los autores de los mas notables poemas, pretendamos que no las hayan merecido otros tambien—tienen sus leyendas, que rodeando su nombre cual con celestial aureola, hacen que veamos sus colosales figuras al través de una luz maravillosa y sobre natural, que á nuestro entender personifica completamente la imájen del genio.

Verdad es que si dejándonos guiar simplemente por esa falsa luz, quisiéramos conocer y estudiar el carácter y los mas pequeños detalles de la vida de tal ó cual escritor, lejos de alcanzarlo caeríamos en el extremo opuesto. Mas la sana crítica, depurando la sustancia, y quilatando el valor de esas tradiciones, de esas leyendas, de esas anécdotas, con que la posteridad muchas veces, y otras los mismos contemporáneos han engrandecido la vida de sus héroes favoritos, al par que sondea hasta los mas recónditos pliegues de su corazón, comprende la influencia que han ejercido sobre la humanidad, toda vez que ha querido ver en ellos algo mas que un hombre, bien asi como ha señalado la intervención de un poder sobrenatural, maléfico ó bienhechor, en la realización de esos soberbios monumentos que, hijos de otras edades, desafían indiferentes los rigores del tiempo y la mano destructora de las generaciones, á pesar de su sencillez, ligereza y aparente debilidad. Nada tiene pues, de extraño que Dante, el inspirado vate Florentino; el inmortal cantor de «Francesca y Beatriz,» el fogoso pintor del terrible Hugolino y de la dulcísima «Rosa del Empíreo,» tenga tambien sus leyendas, sus tradiciones, y sus peregrinas anécdotas, ya que para ello se reunían las circunstancias especiales de su vida toda, desde que niño abre un templo de amor en su corazón á la cándida Beatriz, hasta que despues de haber ocupado los mas altos destinos, y sufrido la mas amarga emigración, muere poco menos que abandonado lejos del pátrio hogar; y lo extraño, lo original, lo inspirado y sublime de su obra inimitable.

Hay mas aun: existen en el corazón y en la vida del hombre ciertos misteriosos arcanos, ciertos

acontecimientos extraordinarios, que no caben dentro del cuadro de la mas acabada biografía, y que la mayor parte de las veces pintan por sí solos un personaje, ó por lo menos completan su figura. La anécdota y la leyenda, siquiera sean imaginadas, llenan casi siempre este vacío. Vamos, pues, á dar á conocer á nuestras lectoras algunas de las mas notables relativas á la vida del Dante, y por ellas se acabará de comprender al poeta cuya biografía hemos bosquejado.

Empezaremos por la narración de su corta estancia en el monasterio de «Santa Croce» que si bien pertenece al dominio de la historia, tiene un sabor notable de novelesca ingenuidad.

1.^a

Defendido de las frias brisas de los Alpes por un pequeño montecillo, y bañando sus plantas en la magestuosa corriente del Magra, levantábase risueño y encantador en frente de uno de esos pintorescos valles en que tanto abunda la bellísima Italia, el monasterio de Santa Croce del Corvo, construido en 1176 por el piadoso obispo de Luni.

La primavera de 1306 tocaba á su término, y á la hora del crepúsculo de uno de sus mas hermosos dias, se dirigia á él con paso lento y mesurado, un hombre que si por su apariencia general demostraba hallarse en los mejores años de la vida, las profundas arrugas que surcaban su frente, y mas que todo el abatimiento que cubria su semblante hacían creer que tocaba á la ancianidad. Su decaído espíritu se reanimaba con la aproximación al monasterio, y las lágrimas que poco antes, como involuntariamente desprendidas, rodaban perezosas por sus enjutas mejillas, evaporábanse absorbidas por el suave ambiente de la tarde, que al acariciar la ensortijada y negra cabellera del triste peregrino, le llevaba confundidos los cercanos sonos de una campaña, con todos esos vagos rumores que se escapan de la naturaleza al despedirse de la luz del sol.—«Ingrata, ingrata patria!»—decía de vez en cuando, y cual si estas palabras trajeran á su memoria un mundo de grandezas perdidas y dolores pasados, y un porvenir de incertidumbre y amargura, cubria de nuevo su semblante mortal palidez, y precipitaba el paso para llegar cuanto antes á la casa del Señor, cuyo címbalo tan elocuentemente llamaba á la oración.

—¿Qué buscáis, hermano?—le dijo el venerable Hilario, prior de la comunidad, no bien vencido por el cansancio y la fatiga se dejó caer, mas bien que llegó sobre las gradas del átrio.

—Paz, paz para mi alma dolorida.

—¿Cuyo es, pues, vuestro nombre?—repuso el sacerdote, imprimiendo un ósculo de santo amor en la frente del peregrino.

—¡Mi nombre!... Ah, ved en mí al caído Prior de la envilecida Florencia!

—Luego sois....

—Sí, Dante, Dante Alhigieri. El que por amor á la patria blandió en Campaldino la espada del soldado; el que por amor á la patria arrojó en Roma y en Hungría, en Nápoles y en Paris, las iras y el desprecio de los Monarcas, á los cuales fue enviado; el que por amor á la patria, abandonó el partido de sus mayores; el que por amor á la patria, en fin, se vé hoy proscrito, errante, condenado á ser quemado vivo si de nuevo pisa los humbrales del pueblo que le vió nacer, y forzado á alentar su miserable existencia, mendigando el amargo pan de la emigración... Allá, al otro lado de los Alpes, existe una ciudad en la cual las artes y las ciencias tienen abierto un templo: allí se dirigen mis pasos, mas antes de abandonar el suelo de mi querida Italia, quiero dejarle una memoria que mantenga vivo el recuerdo del pobre proscrito.

Así diciendo, y mas calmado de su agudo dolor, sacó de su seno un abultado rollo de blanco pergamino, y entregándose al Prior dijo:

—Hé aquí la primera parte de mi poema; es el «Cántico del Infierno.» Desde los que delinquen por su indiferencia, hasta los sacrílegos que reniegan de su Dios; desde los que obedeciendo á livianas pasiones olvidan sus deberes, hasta los que movidos por el espíritu de partido, se ensañan contra sus enemigos, todos se hallan en él sufriendo los mas horrorosos suplicios.—Remitido á vuestro amigo y mio «Ugucione della Faggiola,» y decidle que lo conserve como recuerdo del que sucumbió por su amor á la libertad.

Dijo, y abrazando al buen sacerdote tomó de nuevo la ruta de los Alpes.

¡Quién sabe! Tal vez al recordar mas tarde la placentera escena de «Santa Croce del Corvo,» y la apacible calma de la naturaleza que entonces le rodeaba, prorumpía en aquellos sentidos versos que tan profundamente hablan al corazón.

Era già l'óra che volge ildisio
Ai naviganti, é intenerisce il core
Lo di che han detto ai dolciamici á Dio;
Eche lo nuovo peregrin d' amore
Punge, se ode squilla di lontano,
Che paia il giorno pianger che si more.

2.^a

Algunos años habian trascurrido: el proscrito de Florencia arrastraba sus dolores y amarguras por las estrechas calles de la Cité, procurando apagar la memoria de las grandezas pasadas con la asistencia ó las sesiones de la Sorbona, ó con la composicion de aquellos inspirados conceptos, que constituyendo cada uno de por sí un robusto y bien labrado sillar, juntos debian componer el magnífico y sin par monumento levantado á la memoria de una mujer.

Pero ni el triunfo obtenido sobre los doctores de aquella academia, cuyas cuestiones analizó, y digámoslo así desmenuzó juntas y detalladamente; ni la aureola de gloria que debia rodear su nombre en lo porvenir, cuyos destellos entreveía en sus sueños de poeta, amortiguaban en su pecho el amor á la patria, á aquella patria que tan ingrata fuera con el defensor de sus libertades. Llegó un dia en que la reaccion tornó á consolidarse en Florencia, y entonces haciendo un extraordinario sacrificio de amor propio, solicitó que se levantara la sentencia que le obligaba á vivir lejos de su «bel S. Giovanni.» (1.) Mas como para alcanzarlo se le impusieran severas humillaciones y bajezas, devorando sin duda las lágrimas que le arrancaran el dolor y el despecho, contestó con magnánima entereza: «Que en todas partes le iluminaria el sol, y que si bien amargo, jamás le faltaria el pan.»

La nieve de los años comenzó sin embargo á caer sobre aquella naturaleza gastada por los pesares, por los trabajos y por el estudio. Las húmedas y sombrías calles de la Cité traian con mas frecuencia á la memoria del peregrino las rientes praderas y floridos vergeles de su amada Italia: el aspecto de Paris del siglo XIII le hacia suspirar por su Florencia, con sus palacios, sus iglesias y sus castillos de gusto tan puro y delicado como los chapiteles, portadas y rosetones de «Nuestra Señora,» cuya grandiosa fábrica se acababa de construir. Apodérese de él esa terrible enfermedad que se llama Nostalgia y á pesar de que pocos meses antes habia rechazado las proposiciones

(1) Uno de los mas importantes documentos de la antigua Florencia.

degradantes mediante las cuales se le consentia volver á su patria; apesar de que se le representaba viva la memoria de aquellas humillaciones de que fuera víctima al «entrar y salir de la casa agena en busca del amargo pan de la emigracion,» se decidió á volver á Italia.

Allá en la antigua é ilustrada Rávena, conservaba un amigo, que nunca, ni en sus dias de gloria, ni en sus años de infortunio olvidó al soldado de Campaldino. Quido Novello, señor de Polenta, moraba en aquella ciudad, y allí dirigió sus pasos el desterrado por los odios de partido.

¡Cuánta ternura, cuántas lágrimas, cuántos recuerdos, cuántos odios, temores y esperanzas se agolparian en la cabeza y corazón del cantor de *Francisca* al poner la planta, despues de quince años de ausencia, en las comarcas italianas! Y sin embargo pronto nuevos pesares debian lacerar su atribulado corazón. Al atravesar las ciudades güelfas, mal apagados aun los rencores de bandería, salian las mujeres y los niños, y acompañaban con rechiflas y maldiciones al desventurado gibelino, que viejo, decrepito y desesperado, regresaba al suelo pátrio. Las mas prudentes, contenidas quizás por el respeto y la preocupacion, apretaban contra su regazo á los pequeñuelos, y con misterioso tono y siniestro ademán les decian: «¿Veis aquel hombre? Pues ha estado en el infierno.»

Por lo menos si Dante hubiese podido oír semejante observacion, habriase regocijado al considerar que su «Cántico del Infierno,» la primera parte de su poema, el *dilatado* manuscrito que entregara quince años antes al Prior de *Santa Croce* se habia generalizado, ya que hasta las mujeres en su piadosa preocupacion creian que el cantor de las miserias humanas habia realmente presenciado los cuadros de horror y desesperacion, hijos solos de su ardiente fantantasia y observacion profunda y detenida.

Cuéntase, sin embargo, y esto pudo compensar en parte al vate florentino de tanto desprecio como habia debido apurar, que al discurrir por una de las calles de otro de los pueblos que atravesar debia para llegar á la mansion de Quido, oyó á un chapucero que al compás de su martilleo entonaba, ó por mejor decir, destrozaba los preciosos versos de aquella cancion que compusiera un dia en honor de Beatriz; aquella cancion que puesta por Dante en boca de Casella empieza: «Amor che nella mente me ragiona.»

Entonces entró en la tienda, y cogiendo cuanto halló á mano echólo por el suelo, diciéndole al atónito menestral:—«Tu mutilas mis versos y destruyes mi propiedad, yo arrojo al suelo los instrumentos de tu oficio: estamos pagados.»

3.^a

Si Dante de regreso á Italia, y gozando en la morada de Novello la calma y tranquilidad compatible con su azarosa existencia, y su porvenir poco espuesto ya á rudos contratiempos, quiso alguna vez lanzar una mirada retrospectiva á su peregrinacion sobre la tierra, debió estremecerse de dolor y de orgullo; de dolor al considerar las tempestades que le combatieron constantemente; de orgullo recordando que merced á su indomable fuerza de voluntad, jamás habia cedido, ni aun cuando el amor de la patria, ese sublime y sin igual sentimiento con que Dios ha enriquecido el corazón humano, mortificaba su espíritu hasta el extremo de hacerle enfermar. Y en efecto: pocas existencias se encuentran tan trabajadas como la del inmortal cantor del Paraiso; pocos géneos han alcanzado la gloria á mas precio que el vate de Florencia: porque si bien algunos han arras-

trado una vida de miserias y padecimientos, la misma constancia, la monotonía, digámoslo así, de los acontecimientos que durante ella han experimentado, ha debido acostumarlos á aquel triste mal estar: mas en *Dante* se observa todo lo contrario: su vida todo es un contraste continuado, y en ella se observa constantemente que cuando á fuerza de sacrificios ha alcanzado un triunfo, el mas amargo y desgarrador acontecimiento ha sucedido á aquel.

Niño aun ofrece casta adoracion á la cándida *Beatriz*, y feliz con poder quemar puro incienso á sus piés, la ve arrebatada á su santo amor. Blande su espada en el combate; deja oír en la tribuna su elocuente voz; lucha con todas sus fuerzas en defensa de la patria, y llega á poder regir sus destinos, desempeñando el cargo de Prior; pero esto mismo le acarrea una inmensa cadena de padecimientos abarcados todos en la mas horrible é injustificada espatriacion. Entabla en suelo extraño, y lejos de todos los seres queridos, una lucha de inteligencia con los hombres mas sábios de su tiempo; brilla en la Academia de la Cité; su nombre es repetido y victoreado por los individuos de la Sorbona; los doctores le aclaman sin igual; y tiene el pesar de no poder alcanzar la investidura, porque falto de recursos, y necesitando hasta lo mas necesario para el sustento, no pudo hacer frente á los dispendios que ocasionaba aquella especie de coronacion. Podríamos multiplicar los ejemplos; podríamos añadir nuevos contrastes á los que dejamos apuntados, y aun así no agotaríamos la série de los que experimentó *Dante* en el curso de su peregrinacion. Nos haremos cargo sin embargo del último de su vida ya que él nos pone, por decirlo así, en camino de saber la leyenda «del hallazgo del poema.»

CAYETANO VIDAL.

Villafranca del Panadés 1860.

(Se concluirá).

BIBLIOGRAFÍA.

Bella como todas las producciones de la distinguida directora de *La Violeta*, la señora doña Faustina Saez de Melgar, es la novela que, con el título de «Ángela ó el ramillete de Jazmines,» acaba de publicarse en la biblioteca de dicho periódico. La accion de la novela, desarrollada en las pintorescas alquerías del poético Cabañal, y los personajes todos de la misma, valencianos, caracterizados admirablemente con la maestría que se le tiene reconocida á nuestra autora, y con el tinte moral y religioso que en todas sus obras campea, son suficientes recomendaciones, sin necesidad de acudir á su verdadero mérito literario, para señalarla como una de las obras que por desgracia en este género no son muy frecuentes en nuestra literatura popular. Enviamos nuestro sincero aplauso á la constante y distinguida escritora, que tan bellas producciones sabe regalarnos.

PROPIETARIO: D. G. F.

Editor responsable: *Pedro Mesonero*.

Imprenta de *El Avisador*, á cargo de J. Peidró.